

EL IRRESISTIBLE ENCANTO DE LA «X»

El restaurante Citrus, situado en una primera planta, tiene la ventaja de que a través de sus cristaleras gozan los comensales de un panorama suntuoso sobre el Paseo de Gracia. Lo malo de Citrus es que no acepta reservas con antelación, y que si uno se presenta allí a partir de las dos debe esperar un buen rato hasta ser admitido. Pero en este soleado día de primeros de abril a Observador se le ha ocurrido un truco para colarse y, al llegar al restaurante con los demás contertulios, susurra a la empleada que apunta a los aspirantes a subir al comedor:

—Somos los de la Generalitat, señorita. ¡Ya sabe!

La chica coge el interfono y pone al tanto a su compañera de arriba que, asomada al hueco de las escaleras, pregunta:

—¿Son ustedes de la Generalitat?

Observador asiente mientras emprende el camino escaleras arriba seguido por sus asombrados amigos. Arriba, la moza se dirige hacia el jefe de comedor:

—¡Son los de la Generalitat!

Y el hombre, impresionado, los guía hasta la mejor mesa disponible.

Dos horas más tarde, los falsos gerifaltes del gobierno autonómico salen de allí tan bien comidos como ufanos de su jugada. Acari-

ciados por una dulce brisa que anticipa la primavera, deciden sentarse en una terraza y entretenerse curioseando a la multitud que se mueve ante ellos mientras se toman una horchata, la primera de la temporada. Figura en la carta en un catalán de factoría, lo que lanza a Vividor a una de sus peroratas:

—*Or-xa-ta*—silabea—. Desde que se crearon las autonomías, la «x», una letra antes marginada, se ha visto transformada en princesa del abecedario. Y, oh, maravilla, desde entonces puede verse en áreas tan dispares como la gallega, la vasca y la catalano-valenciana, que la «x» se ha impuesto a un montón de consonantes. Játiva pasó a ser Xátiva, Sanjengo, Sanxenxo, Luyando, Luxando, etc.

Teoriza Agridulce:

—Es que la «x» es el culmen de lo enigmático, la incógnita que puede servir como emblema a los que quieren recalcar que lo suyo es diferente.

—Claro —prosigue Vividor— que los nacionalistas vascos descubrieron la aún más exótica «k», con la que tantos asesinatos de «q» y «c» duras han perpetrado. Véanse Karlos, Markina, etc. ¡Lástima que esta ocurrencia se la hallan pisado los okupas y otros anarcos de esa España con la que nunca acaban de marcar diferencias!

—También los chavales en su jerga de móvil les han fastidiado, al hacer de la «x» y la «k» algunos de sus signos más peculiares —apunta Alegre.

—Pero el catalán hablado por los políticos de aquí es un idioma aceptable —opina Agridulce—. ¡Si oyerais a los de Galicia hablando el gallego «mocosuena-mocosuene»! Fraga, cuando fue a gobernar su Galicia natal, trató de poner su gallego al día pero lo hizo tan mal que su habla galaica sonaba como la de un madrileño que veranease en Puentedeume. Hace años, estando yo en La Coruña, al encender la radio empecé a oír un discurso que Fraga soltaba en ese gallego suyo tan mesetario. Algún pelota le había puesto al lado un intérprete para «traducir» sus palabras al castellano, y el efecto de aquel acompañamiento era el de volver a escuchar lo que don

Manuel acababa de decir pero como si le hicieran la burla. ¡Ah, las carcajadas que al oír aquello solté me dejaron como nuevo!

Observador, con una expresión de gravedad en su faz de boxeador retirado:

—En Asturias se han creado varias cátedras e instituciones para promocionar el bable, y en la franja oriental de Aragón se han tomado medidas análogas para apoyar la lengua vernácula. Pero, ¡ojo!, que aún están sin amparo institucional idiomas de la categoría del castúo extremeño, el panocho de la huerta murciana, y el andaluz, tanto el oriental como el occidental.

Añade Prudente con igual gravedad:

—Tampoco está protegido el cheli madrileño en ninguna de sus dos modalidades: la culta o chamberilera y la vallecana, más popular.

—Como tampoco lo están el aranés ni el silbo gomero —remata Casanova.

—Vaya, ¡pues no sabía yo que hubiera tantos idiomas en este país!
—rezonga Jubilado con enojo.

LA MONARQUÍA GENIAL

DURANTE aquella mañana de sábado, bañada de sol y brisas marinas, tres de los contertulios y sus mujeres han recorrido en coche el litoral del sur de Barcelona, desde Castelldefels hasta donde empieza la provincia de Tarragona. Al fin han recalado en la playa de Torredembarra, donde se acaban de despachar una de esas grasientas comidas que en los restaurantes playeros parecen inevitables.

Al estar Jubilado, Agridulce y Observador con sus mujeres, no es de extrañar que se hable de los avatares de la familia real. Para Jubilado, en vaya lugar ha quedado la ilustre familia con los matrimonios de sus hijos. La infanta mayor, dice él, casada con un cantamañanas que apenas tiene el Bachillerato; la otra, con un jugador de balonmano que lleva los genes de los trogloditas del norte; y el que un día será rey, unido a una periodista doctorada en relaciones amorosas.

Observador le lleva la contraria con intenciones de chufra. La familia real, dice él, lo ha hecho de cine al cubrir todos los frentes:

—¡Fijaros! El mayor viene a ser el caballero de la mano en el pecho, la España esencial y tradicional. El segundo representa lo deportivo, lo nuevo, y, por parte de padre, un nacionalismo separatista que la monarquía ha asumido con naturalidad. Y la periodista sirve de enlace por un lado con el pueblo —su abuelo es taxista— y por

otro con los medios de comunicación, que son los que mandan hoy día. Así que ¡ele, Juan Carlos, ele, Sofía!

Jubilado, que no está de humor para cazar intenciones burlescas, quiere poner las cosas en su sitio:

—Yo creo que si el Rey ha casado a sus hijos como los ha casado no ha sido por ninguna estrategia genial sino porque no ha tenido otro remedio. Para mí esas bodas han sido un desastre. ¿No crees, Agridulce?

—Una cosa está clara y es que cuanto peor case el rey a sus hijos, mejor, porque así el pueblo se cansará antes de los Borbones y volverá a traer una república, dando fin a un privilegio intolerable. Yo soy republicano por familia y convicción, así que repito: cuanto peor les vaya a los Borbones, mejor. ¡Ejem! —remata con una petulante sonrisa.

Protesta la mujer de Agridulce, una granadina menuda y de grave acento:

—Mira, chico, menos sacar pecho con eso de ser republicano, por Dios.

—¡Yo no saco pecho!

—Bueno, no sacas pecho. Lo de ser republicano con pedigrí quedaba muy bien en otros tiempos pero ahora, cuando el rey pinta menos que un gato, esos alardes carecen de *glamour*. Además, el rey, en lo poquito que manda lo está haciendo muy bien, y yo creo que cuando una cosa funciona, mejor es dejarla tal como está. Fíjate tú la que se podría armar si empezamos a cambiar el sistema; qué oportunidad para ponerlo todo patas arriba. ¡Y, ojo, que un presidente de república nunca iba a ser tan neutral como el rey!

—Vaya mujer lista que tienes, Agri —aplaude el viejo santanderino—. Para mí que ha dado en el clavo.

—Lo de que Juan Carlos lo está haciendo bien, ¡por favor! —insiste el salmantino—. Lo que pasa es que está protegido por una *omertá* política y mediática que le tapa las pifias. Y eso de que es tan neutral no se lo creen ni los monárquicos. Hace mucho que se le ve escorado hacia un lado.

—Hacia el izquierdo, claro —sugiere la mujer del santanderino.

—¡Claro! Y tiene buenas razones para obrar así. La esencial, pero no la única, es que él y sus hijos están destinados a durar en el trono exactamente lo que la izquierda quiera que duren. La izquierda podría derribar a Juan Carlos en un pispás.

—Y la derecha, ¿no? —pregunta Jubilado.

—La derecha no tendría capacidad para hacerlo. Y tampoco tiene la «vocación» suficiente, no le va ese papel. Así que el rey ha demostrado ser genial, si no en cómo ha casado a su prole, sí en mantenerse en el trono.

LOS MILITARES SIN BARRIGA

Los contertulios salen de oír una conferencia en el Colegio de Notarios de Barcelona, situado en Ciutat Vella. Hace mucho tiempo que la zona es un barrio de putas y marginales pero en los últimos años el Ayuntamiento ha intentado adecentarla. En una plazuela «dura», no muy bien iluminada, encuentran una terraza donde sentarse y donde, a falta de algo mejor, se conforman con unos tintos y unas tortillas enladrilladas.

—Aquí —comenta Observador— se tiene la sensación de estar en algún lugar del Valladolid de los años cincuenta. Una ciudad plagada de cuarteles donde era corriente ver durante el día a los soldados marchando de un lado a otro al son de cornetas y tambores. Cuando yo tenía cinco o seis años, cada vez que pasaban delante de mí, me despistaba de mi niñera, corría detrás de la tropa y, pegado a ella, marcaba el paso lleno de marcialidad. No es de extrañar que más adelante quisiera ingresar en la Academia Militar, a lo que mi familia se opuso. En aquella casa los varones sólo tenían dos salidas: Derecho o Ingeniería.

El gallego apoya la nariz contra un dedo índice. Recuerda:

—La verdad es que ser militar en aquella España era un chollete porque gracias a los economatos nuestros guerreros ganaron la batalla del racionamiento y porque, además, tenían derecho a unas casitas

que para aquellos tiempos no estaban mal. Recordarás, Observador, que en Valladolid, como en Pontevedra, los únicos coches eran los del gobernador civil, los estraperlistas y los jefes militares.

—Entonces —añade Jubilado— los militares pesaban tanto en la sociedad que hasta el gobernador y el alcalde se dirigían a los coroneles y generales con el tratamiento de «mi» coronel, «mi» general, con mucha obsequiosidad. Me acuerdo de las grandes festividades del Régimen, a donde acudían los jefazos del Ejército. Casi todos lucían un barrigón de aquí te espero y unos colores que, bueno, te ponían al tanto de las aficiones predominantes en los cuartos de banderas.

Observador se dirige a Casanova, Prudente y Alegre, los tres criados después de la posguerra:

—Naturalmente, si yo creía tener vocación militar no era por lo del economato, los coches o las casitas. No. Yo vivía la embriaguez del patriotismo franquista, cultivado por los jesuitas del colegio, aparte de «vivir» un cine americano hirviente de hazañas bélicas. Todo eso, unido a mi ingenuidad, me convertía en la larva de un héroe.

Por un extremo de la plazuela se oyen las risas de unas mozas de melenas danzantes y ceñidos atavíos de guerra. Cuatro chicas del oficio ansiosas de atraer la atención de aquel puñado de machos que las ojean como gatazos hambrunos pero que prefieren seguir pegados a su circunstancia y conversación.

—Pues para ser callejeras no están nada mal —suspira Alegre.

Sugiere Prudente con su lenta voz amordazada:

—Puedo entender, Observador, que el cine yanqui, con su habilidad para crear *glamour*, te diera el pego, pero la vista de lo de aquí, mucho más cutre, te tenía que haber abierto los ojos. ¿O no?

—Pssh, cuando eres un chiquillo no afinas tanto. Según las historias que yo oía en casa y en el colegio, el Ejército español había demostrado un heroísmo sublime en la guerra. Por no hablar de la División Azul, que era la leche. Y luego estaba el uniforme. ¡Los cadetes uniformados que se paseaban por Valladolid atraían las miradas de todas las chicas!

Vuelven a pasar las putitas, insinuantes y desesperadas, hasta el punto de provocar la compasión ¿o la pasión? de Alegre, que propone invitarlas a tomar unas copas, lo que es rechazado por la mayoría.

—Pues hoy, amigos míos —resume el mallorquín—, ya no desfilan soldaditos por Valladolid ni por otras ciudades, y en las calles no se ve ni un solo militar de uniforme.

—Ni se ven adolescentes soñando con las hazañas de un ejército que es una oenegé —puntualiza el madrileño—. «Para eso —dirán los chavales— prefiero luchar en mi *play station*».

—Lo de no ir uniformados por la calle podría ser por mor de los terroristas —apunta Alegre.

Jubilado:

—Los militares saben que apenas hay sitio para ellos en la sociedad de hoy. En el mundo de las *Historias de la puta mili* o de Maqui *El Navaja*, ideas como patriotismo, honor o coraje no significan nada. Hoy las Fuerzas Armadas son el más ignorado de los estamentos sociales.

Apostilla Catalá:

—Aunque tú lo dices con *tristeses*, yo creo que no está mal, tú, que el ejército esté marginado. Recuerda su tradición golpista, renovada siete años después de acabarse la dictadura. Hoy, ja, ja, ni los generales tienen *panxa* ni vivimos a la sombra de las Fuerzas Armadas.

Observador evoca a algunos chiquillos de sus tiempos que, arrastrados por el espejismo militar, descubrieron a lo largo de sus vidas que el sendero de gloria que habían elegido se había trocado en otro de frustraciones. Escasez de medios, de hazañas ¡y de reconocimiento social!

—En todo caso, un Estado debe tener unas fuerzas armadas eficaces si quiere hacerse respetar —afirma Vividor.

—Desde el momento en que ya no se sabe si esta nación existe o no existe, qué más da —concluye Agridulce con demoledora resignación—. ¡Para qué complicarse la vida con la situación internacional de un ente que está descuajeringado!

—Jo, Agri, llamar a España un ente descuajeringado —protesta Jubilado.

De pronto se dan cuenta de que Alegre se ha eclipsado.

—¡Se ha largado con las putillas! —exclama Casanova entre carcajadas—. Pues éste es capaz de llevárselas a una suite de un hotel del Eixample y montar allí la de Dios es Cristo.

LA IMPORTANCIA DE UN BUEN REPARTO

OBSERVADOR, Prudente, Agridulce y sus respectivas esposas escudriñan al gerente del hotel y a los dos *trackers* cuando pasan por el comedor abierto, camino de la oscuridad exterior. Armados de rifles y linternas, van en busca de un leopardo que se ha colado en el primer recinto electrificado de los dos que protegen las tiendas de campaña y las instalaciones del hotel. Se trata de un gran felino que merodea por la reserva Sunset y que días atrás había matado a un *tracker* y sembrado una oleada de miedo y rumores. La víctima, cuando viajaba por el *bush* al caer la noche, al apearse para aliviar la vejiga, había sido atacado por el leopardo, que no le había dado tiempo ni de gritar.

Eric el *boer* comenta que vaya miedo llevan los dos nativos pero un *afrikaneer* que se sienta al otro extremo de la mesa colectiva replica:

—Esos dos pertenecen a una tribu *san*, una gente capaz de cualquier cosa con tal de mantener su reputación. Tienen asignado el papel de ser valientes y, si no lo son, lo fingirán de un modo convincente.

Prudente traduce la opinión del *afrikaaner* a Agridulce, que no entiende el inglés. A propósito de tener reputación de valiente, Observador evoca su juventud en Valladolid. Eric sigue sus palabras, pues habla español.

—En aquella época, contagiados por el cine americano —cuenta Observador—, vivíamos el machismo de las películas del Oeste a nuestra manera, entablando peleas a puñetazos en el tontódromo por motivos tales como que alguien se quedara mirando a nuestra chica.

El whisky le estimula a confesarse:

—Yo me esforzaba en demostrar que era el más duro de mi pandilla hasta el punto de que en una ocasión, a las puertas de una taberna, me vi forzado a luchar contra un tipo muy grande. A pesar de mi miedo y de la navajita que sacó mi oponente, conseguí derribarlo y hacerle pedir clemencia. ¡Resulta que el tío estaba aún más asustado que yo! Aquella victoria me hizo pasar por lo que no era, un valiente, y desde entonces me vi obligado a asumir ese papel.

—Yo —cuenta Eric en su español engolado y nasal—, al empezar mi vida adulta tuve una fase en la que caí en la tentación de asumir papeles muy alejados de mi carácter real. Hoy, cuando tengo cuarenta años y soy director de una editorial, aún siento vergüenza de aquello.

—Yo —dice Agridulce— he conocido a gente interpretando papeles que les sentaban fatal, como donjuanes de pega, magnates de pacotilla, políticos «desvividos por el bien común»...

Pasa el tiempo, no llegan noticias de los del leopardo y la gente, que ya ha terminado de cenar, calma su inquietud a base de copas y conversación. Retirarse a los alojamientos no parece una buena idea pues la segunda cerca es bajita y las tiendas están a un largo trecho del recinto principal. Las mujeres de los tres españoles hacen corrillo para comunicarse sus miedos.

—Admitido que en la vida todos acaban interpretando un papel —dice Prudente—, el éxito de cada cual dependerá de que el papel escogido no se dé de bofetadas con la propia manera de ser. ¡Vivir llevando la contraria al carácter profundo de uno mismo puede resultar matador!

Eric:

—En cierto modo, el éxito de una sociedad está ligado a un buen reparto, o sea: ¡a que la mayoría de sus componentes encuentren el papel que mejor sepan interpretar!

Se oyen dos tiros, una pausa y otro disparo, lo que los pone a todos en una emocionada espera. No tardan en reaparecer el dueño del hotel y los dos *trackers* con sus rifles oliendo a pólvora y la sonrisa orgullosa de quienes han triunfado en una arriesgada tarea. ¡El leopardo ha caído! Los que están a la mesa se ponen en pie para jalearlos pero apenas hay tiempo para charlar con los *san*, que deben regresar a su aldea.

Medio año después, cuando Eric, el *boer*, va un par de días a Barcelona por un asunto de su editorial, se reúne en un restaurante con Agridulce, Prudente y Observador.

Mientras comen, les cuenta su descubrimiento. ¡Lo del leopardo había sido un montaje! Ningún gran gato se había colado en el primer recinto electrificado aquella noche de julio como tampoco ningún *tracker* había muerto días antes mientras orinaba al anochecer. En resumen, al coger fama aquella reserva de mantener una fauna domesticada para el servicio de los turistas y sus safaris —«una fauna en nómina», dice Eric—, los propietarios habían creado, como añagaza promocional, una aventura de pacotilla.

—¿Recordáis que aquella noche estuvimos hablando de que en la vida todos interpretan un papel? ¡Pues para actores, los *san*! Je, bordaron el guión como unos actores de Hollywood.

Al día siguiente, al comentar en el bar la conversación con Eric, dice un compañero que practica la caza:

—Casi todos los animales que viven en esas reservas de safari fotográfico son menos feroces que mi suegra. ¡Claro que mi suegra! Esos animales están hartos de ver pasar los jeeps de los turistas y los coches de los empleados que les curan las heridas, les mantienen las charcas llenas de agua, etc. Decir que esos bichos «están en nómina» no es ninguna *boutade*.

Vividor:

—Incluso aquellos relatos del «gran cazador blanco» de antaño debían de tener mucho de exageración. Durante más de un siglo estuvieron pasando por África miles de cazadores que, al volver a casa, presumían de machos contando sus «escalofriantes» hazañas frente a unas fieras que las más de las veces lo que querrían sería salir corriendo. ¡Digo yo!

—Y dices bien —asiente el compañero ginecético—. El «gran cazador blanco», aparte de llevar un imponente arsenal de armas de fuego, iba acompañado de una *troupe* que se encargaba de protegerlo de cualquier peligro. Peligro bastante leve porque los animales «feroces» no atacan a un grupo de cazadores sino en circunstancias excepcionales como, por ejemplo, que tengan sus crías con ellos o que se sientan acorralados. Los «heróicos» tiempos de la caza en África fueron, en realidad, los de una carnicería destinada a halagar el narcisismo de una gente caprichosa y rica.

—«Como decíamos ayer» —concluye Agridulce—, en esta vida todos interpretamos un papel, y el del «gran cazador blanco» ya no resulta creíble aunque todavía haya quién juegue a eso. Algunos reyes del ladrillo, por ejemplo.

—Hoy, amigos —dice Casanova—, lo que se lleva es la imagen de una señora prendada de un gorila en las selvas del Congo o Burundi. ¡Algo muy postmoderno y muy *light*!